

Accésit

Luis Vivas Ramos

Tres jóvenes

Prisión de Conde de Toreno, Madrid. 1940.

—Eleuterio, ¿ya te has cansado? Sigue tecleando, que acabamos de empezar. Pero no le des muy fuerte a la máquina de escribir, que ahí tienes a Buero y a los otros durmiendo lo que pueden para reponerse de los palos de ayer. Te sigo dictando:

*...En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre
escarchaba de azúcar,
cebolla y hambre.*

—Miguel, qué triste suenan tus versos.

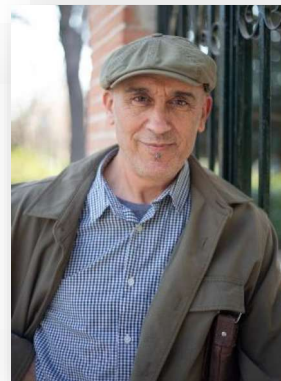
—Así es, amigo mío. Así me sentía cuando lo escribí. No voy a cambiar nada ahora. Fue cuando supe por mi Josefina que tan sólo podía darle a nuestro pequeño un poco de caldo y cebolla hervida. ¡Y le estaban saliendo los dientes al crío!

—¡Vaya! Esta maldita guerra... solo puede provocar injusticias, dolor y hambre. ¡Malditos sean! Nada bueno va a traer todo esto a España. Y nuestras mujeres y niños intentando sobrevivir.

—¿Tú tienes familia, Eleuterio?

—Bueno, tengo novia esperándome. La verdad es que sufro por ella. Tuve que irme al frente y la echo de menos cada día. Ojalá no le pase como a otras. Hace poco escuché historias de lo que hacen los falangistas con algunas mujeres: las detienen, las violan; y luego las rapan la cabeza de mala manera, las obligan a ingerir no sé qué ungüento y las pasean por el pueblo, humillándolas delante de todos. Tengo que salir de aquí, Miguel.

—Tranquilo, amigo, todo llegará. No seas impetuoso, que te conozco ya de alguna batalla que otra. Esto no puede durar mucho. Algún día tendrán que vaciar las cárceles. Oye, ¿y tú cómo sabes escribir con ese trasto?



—Bueno, siempre me ha llamado todo esto de componer, escribir, enseñar. Ya sabes que aquí ayudo a muchos de estos hombres a aprender a leer y escribir. ¡Cuánto analfabeto aún en este país! Antes de alistarme, ya escribía mis cositas. Ojalá pueda seguir. Quizás algún día sea maestro. ¿Quién sabe? Aunque lo que sí sé que llevo dentro —no te rías— es lo de ser actor, declamar, actuar.

—No dudes que lo conseguirás. Pero tú no estás aquí por escribir o interpretar bien, ¿no?

—Pues no. Ya sabes que yo formaba parte de un grupo de “cazadores de tanques”. Creo que nos hemos hecho algo famosos. Reptaba bajo esas máquinas mortíferas, colocaba la carga, salía escopeteado y luego las hacíamos saltar por los aires. En poco tiempo ascendí a teniente. “Cornejo, el dinamitero”, me apodaron enseguida. No sé por qué usaron mi segundo apellido.

—¡Así que estoy con todo un héroe! ¡Pues sí que has hecho carrera desde que no te veo!

—Bueno, Miguel, no es para tanto. Y creo que a ti ya te conocen más que a mí.

—Puede, pero no será por cargarme muchos enemigos. Más bien al revés: desde que me delataron en Portugal al intentar vender el reloj que me regaló en mi boda mi amigo Vicente Aleixandre, no he hecho más que recibir golpes por todos lados. Tengo el cuerpo machacado. En Huelva me torturaron para hacerme firmar que yo había matado al mismísimo José Antonio Primo de Rivera. ¿Te lo puedes creer? No lo consiguieron. Pero no sé cuánto resistirá mi salud. Últimamente no hago más que toser.

—Buenos días, compañeros.

—¡Hombre! Don Antonio, ya ha despertado.

—Pues menos mal, Miguel, porque aquí el señor no ha parado de roncar en toda la noche.

—No me creo que ronque mucho; aunque podría ser por los golpes de ayer en las costillas. Estos brutos no me daban respiro. Se deben creer que, si acaban con nosotros, terminarán con las ideas que odian. Estos energúmenos no tienen humanidad. Pero ¿vosotros qué estáis haciendo con tan poca luz aún?

—Poca cosa. Eleuterio me ayuda a pasar unos poemas.

—Pero, Miguel, ¿te acuerdas de que ayer dejé tu retrato a medias? Tenemos que acabarlo, antes de que a los guardias les dé por quitarnos también lápices y papeles.

—No te preocupes, Antonio. Creo que vamos a tener tiempo suficiente. ¿Pero tú no tenías que hacer el dibujo que te pidió el jefe de Servicios?

—Tranquilo, quiso que le retratara, pero me excusé de la manera más afectuosa que encontré. No sé si me va a costar caro. A lo mejor por eso ha sido la somanta que me dieron ayer. Pero no pienso hacer famoso a estos desalmados. Ninguno de ellos nos va a conmutar la pena de muerte, ¿no? Pues eso.

—Dinamitero, es que aquí nuestro Antonio Buero Vallejo también sabe pintar. No es solo famoso por su teatro. Si salimos de esta, quién sabe si algún día este dramaturgo nos tiene que abrir algunas puertas. Sobre todo a ti, Cornejo. ¿Sabes, Antonio, que a éste le encanta dramatizar y actuar? Acuérdate de él cuando salga, que aquí nos tenemos que ayudar todos.

—¡Hombre, Eleuterio, qué calladito te lo tenías! Ya me encantaría a mí que algún día pudiéramos trabajar juntos. Bueno, casi me conformaba con tener futuro fuera de aquí. Tendremos que ir paso a paso. Y tú, Miguel, no me adules tanto, que no es bueno para seguir creciendo y mejorar.

—Por cierto, ¿estáis oyendo los gritos? Esos maestros que bajaron ayer contigo no lo están pasando nada bien. Espero que aguanten. La semana pasada uno se quedó tieso. De madrugada lo arrojaron junto a otros dentro del camión que dicen que va al entorno del cementerio. Estos desgraciados no tienen corazón. Eleuterio, ¿estás seguro de que quieres ser enseñante?

—Seré lo que yo quiera, si salgo de aquí. Nunca dejaré de luchar. Pienso tener familia y quiero que siempre se sientan orgullosos de mí. Toda esta lucha no será en vano. No puede serlo, porque lo hacemos por cosas tan básicas como la libertad y la justicia.

—En fin, chaval. Espero que tengas razón, pero a veces me parece que el teatro de Antonio es menos doloroso que el futuro que estos malditos quieren componer para esta España. ¿Sabes qué te digo, Eleuterio? Que mientras éste prepara sus lápices para que pasemos a la posteridad, vamos acabando tú y yo con lo nuestro. Te dicto:

*...Vuela niño en la doble
luna del pecho.*

*Él, triste de cebolla.
Tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
Ni lo que ocurre.*

Miguel Hernández, tras pasar por varias prisiones en las que su salud no dejaba de empeorar, acabó muriendo de tuberculosis en el Reformatorio de Adultos de Alicante. Antes, en los últimos momentos, accedió a casarse en la enfermería de la prisión “por la Iglesia”, para facilitar en algo, si podía, la vida de su esposa Josefina.

Antonio Buero Vallejo, que también vio cómo lo trasladaron a varias cárceles, acabó siendo desterrado, pero consiguió desarrollar su obra hasta ser considerado uno de nuestros grandes dramaturgos. Vio el fin de la dictadura franquista y murió en Madrid en el año 2000.

Eleuterio Pérez Cornejo, el dinamitero, fue trasladado al Valle de los Caídos, hoy Valle de Cuelgamuros, de donde logró fugarse. Cumplió la promesa de no rendirse. Sin embargo, una de sus hermanas le delató, por miedo, y volvería a prisión por un tiempo. No logró ejercer ninguna de sus vocaciones.



*Miguel Hernández.
Dibujo que le hizo Buero
Vallejo en la prisión de
Toreno en 1940.*



*Antonio Buero Vallejo,
con 18 años.
(CVC cervantes.es, Centro
Virtual Cervantes.)*



*Eleuterio Pérez Cornejo, “el
dinamitero”, cazador de tanques.*

El día en que conoció la muerte de su amigo Miguel, envió una carta mecanografiada a su viuda Josefina que comenzaba así: *“Mi distinguida señora: Soy un poeta castellano, muy humilde, pero no por ello menos nostálgico al entrañable recuerdo de mi querido y llorado compañero de celda y anteriormente de combate en varios frentes de guerra...”*.

La esposa del dinamitero fue una de tantas mujeres que sufrió la humillación y castigo de ser rapada, tan solo por ser la mujer de un republicano. Su hija Lola heredó su espíritu combativo y llegó a ser maestra.

Gracias a ella, yo pude conocer que estos jóvenes intelectuales coincidieron en Toreno. Cultura entre rejas. ¡Cuánta Memoria ocultada y tergiversada!

Llama la atención que lo primero que hicieron los golpistas, en cuanto les fue posible, fue depurar y reprimir a los maestros y maestras que intentaban, con su trabajo, formar generaciones de jóvenes libres con principios y conocimientos que les pudieran servir para crear una sociedad mejor en este país. Mataron su mensaje y mataron al mensajero.

Pero más grave es, quizás, que aún hoy, en democracia, podamos ver cómo quienes ostentan el poder y, por tanto, la responsabilidad de legislar, deciden seguir ocultando a los ciudadanos su propia historia, enterrando la información veraz y el conocimiento.

Por un lado, en las leyes de “Discordia” que implementan en algunos gobiernos autonómicos, apenas hablan del dictador y de la dictadura, y ni siquiera nombran la palabra “Educación”. Grave error. Por otro lado, en el momento de escribir este relato, tengo en mi mesa la noticia de que el ayuntamiento de Orihuela, tierra natal de Miguel Hernández, vota en contra de anular los juicios del Franquismo al poeta, del que parecen renegar. Y por poner un último ejemplo, el gobierno de la Comunidad Valenciana, en su propuesta al respecto, afirma que Miguel murió de tuberculosis, pero oculta que fue víctima de la represión franquista, y que las torturas y penurias que sufrió fueron el verdadero motivo de su muerte

¿Qué opinarían hoy nuestros **tres jóvenes** amigos si conocieran todo esto?

—Estoy estupefacto, amigos. Pero como dramaturgo, os tengo que decir que este final es el que nunca imagina el público. Si lo hubiera escrito yo, sería el final perfecto, un final infeliz que nadie espera. Creo que el auditorio saldría cabizbajo, con un puñal clavado para siempre en algún lugar del alma, y que le recordaría que nunca hay que dejar de luchar. ¡Qué difícil es ganar derechos... y qué fácil es perderlos! Las sociedades suelen olvidarlo con facilidad. Y quizás es lo que este país se merezca.

—Pero Antonio. Yo también compongo. Dicen que con mucha pena. Pero más pena tengo al comprobar que toda esta lucha, por la que estamos aquí recluidos, no ha servido para nada. Nadie acabó con el dictador; llegó la democracia y algunos gobernantes se dedican a ocultar nuestra obra, nuestra Memoria. ¿Cómo querrán avanzar como país si sus ciudadanos no nos conocen ni a nosotros ni a todas las personas que han querido contribuir al progreso defendiendo la importancia del conocimiento, de la cultura y de la educación? Dinamitero, ¿qué opinas tú?

—Querido Miguel, creo que después de ver lo que el futuro deparará a los nuestros, siento que no sirve de mucho mi carácter rebelde. Parece que les irá mejor a quienes pasen desapercibidos y se dejen llevar por cada ola, venga de donde venga. Pero al menos nuestro ejemplo y nuestro mensaje quedará ahí, en algún rincón, en algunos papeles, quizás en alguna fosa, esperando a ser descubierto por quienes quieran buscarlo y usarlo para bien. Nosotros ya hemos cumplido; es lo que nos debe importar. Y aunque yo me rinda en algún momento, o aunque acaben conmigo, estoy convencido de que habrá muchos más como nosotros. Y tú, Miguel, en tus versos no solo expresas tristeza; también los animas a seguir. Así que ahí seguirán para quien quiera escucharte:

*...reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
**yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.***

Psicopompo